





PAULA PERALTA
POZANCO

SOBRE
DIOSES Y
GULA



NUMAK

Sobre Dioses y Gula 2

Primera edición: septiembre de 2023

©2022, Paula Peralta Pozanco

©2023, Numak Ediciones (Served Numak S.L.)

C/Pineda Fosca, 4. 08100 Mollet del Vallès (Barcelona)

©2023, Cascuda, por la cubierta e ilustraciones de las guardas

©2023, Kassandra González (Kass), por las ilustraciones

©2023, Ariadna Blanca Anguita y Numak Ediciones, por la corrección

©2023, Irene Domínguez, por la maquetación

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la leyes de *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org 917021970/932720445).

ISBN: 978-84-126390-4-9

Depósito legal: B 16739-2023

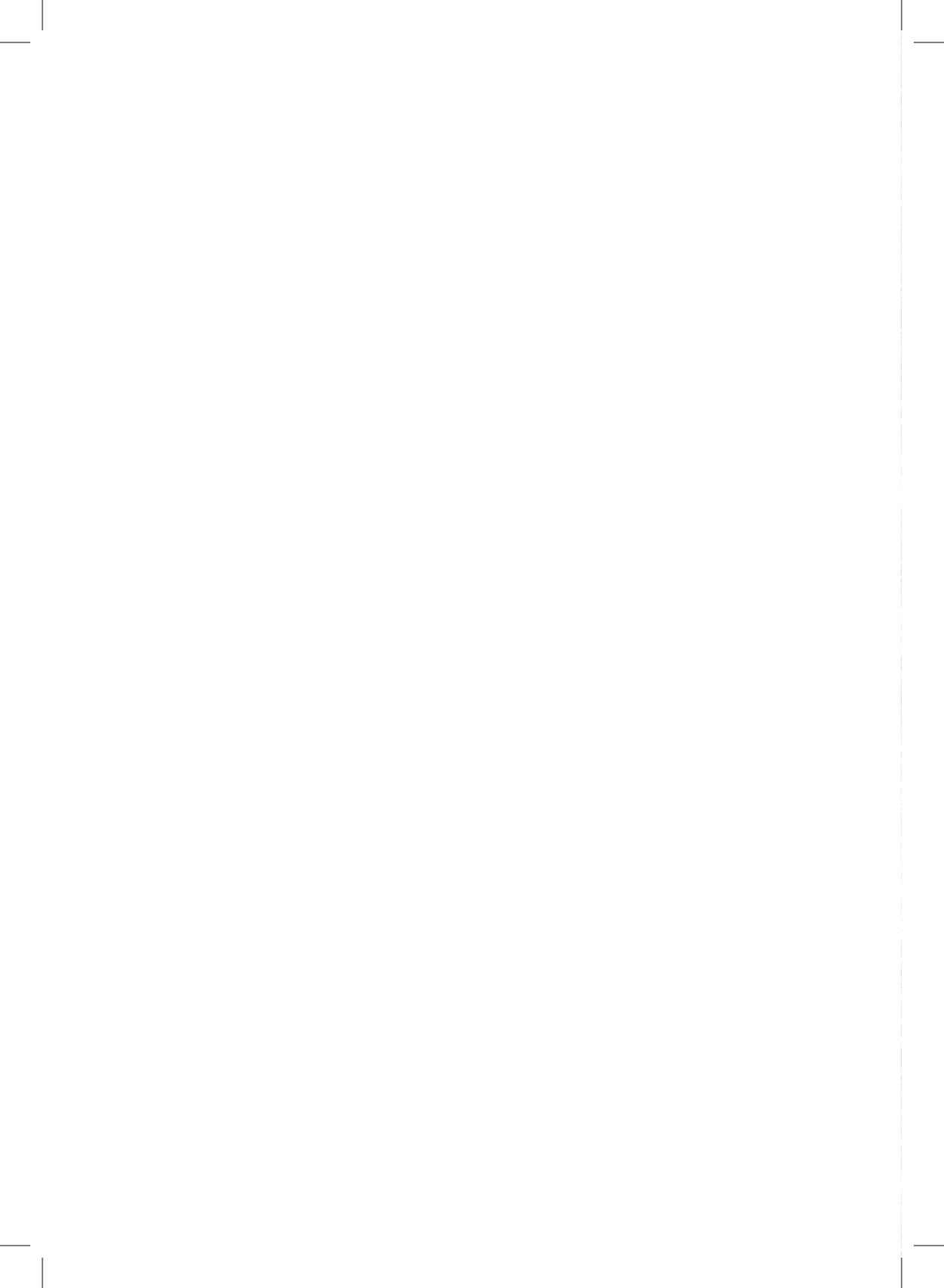
Printed in Spain – Impreso en España

ADVERTENCIA DE CONTENIDO SENSIBLE

Esta novela incluye contenido sensible. Si crees que la mención de violencia física, violencia sexual, adicciones, lenguaje explícito, ideaciones suicidas o dismorfia corporal puede tener un efecto negativo en ti, puede que prefieras leer otro libro. Si, pese a eso, decides seguir leyendo: ¡ten cuidado!

Lo más importante (siempre) es que estés a salvo.

*Para aquellos a los que
hemos perdido en algún bolsillo.*



PROLOGO

*Colegio de la Virgen de Chilla, Ávila
Diciembre de 1984*

PODRÍA CONTARTE UNA HISTORIA.

Con los dedos cenicientos y mientras se arranca los pellejos, la muchacha podría abrir la boca y dejar que una legión de moscas se abriera paso a través de su garganta. Sin embargo, su voz se extingue entre zumbidos. En su interior ya no quedan palabras que pueda ordenar para hablar.

Cierra los ojos con fuerza.

No hace ruido alguno.

La muchacha que está sentada al final de la ambulancia guarda un silencio sepulcral, pero si supiera cómo y se decidiera hacerlo, se vería en la obligación de confesar que la única historia que conoce es una historia de miedo. Una que se le ha escrito en los huesos a base de rompérselos.

No quiere contárselo a nadie, quiere llevárselo todo a la tumba.

Cuando abre los ojos de nuevo, ese esperpéntico cosmos vuelve a cobrar vida: el bosque, las piedras, las arañas y las salamandras; los pasillos, las clases y las verjas que se alzan como estacas. Todo regresa de a una, como un chorro de agua fría. Lo hacen sus jadeos y lo hacen las luces de emergencia y el rugido de un motor a lo lejos.

Aunque parece que tardan en llegar, las palabras regresan también.

«¡Hazle un puente!», grita alguien; «¡Aquí no funciona nada, macho!», le contestan. «¡Ni rastro por este lado!», lanzan, desde otro de los mil rincones. «¡El coche está tieso! ¡Muerto, *caput!*»

Es cierto. El motor gruñe y se ahoga. Sin embargo, parece que nadie ha conseguido apagar la radio. El aparato sigue recibiendo señal, y parece haberse quedado atrapado en una estática infinita.

Ahí está, encajado en una frecuencia liminal y efervescente. Flota en un espacio blanco

y negro

y gris.

Tan gris como la piel de sus dedos.

«¡Vamos a necesitar linternas!», reclama otra voz.

Las interferencias solo aumentan.

«¡Pedid ayuda al pueblo!», insisten.

Fastidiado, alguien golpea el aparato de radio y tose. Un agente uniformado maldice y trata de cambiar la frecuencia. Golpea botones con rabia y rebuzna cuando le resulta imposible hacer funcionar el aparato.

«Maldito trasto», se queja. «¡Siempre la misma historia!»

Los árboles le contestan, quizá molestos por el puro que le cuelga de la boca, y gruñen cuando el aire helado los mece. Sisean como los viejos tras sus ventanas, tras sus cortinas. Susurran advertencias feas como escupitajos.

La niña se encoge cuando el viento se levanta. Por encima de su cabeza, las ramas se mueven y chasquean los dedos de todas las manos mal enterradas bajo sus raíces.

«¡Qué sitio más feo!», piensa ella. «¡Qué lugar tan horroroso!»

Es frondoso y azul, y está hecho de maldad y escarcha. De noche, el Colegio de la Virgen de Chilla parece un monstruo.

Delia, sentada al borde de la minúscula ambulancia, observa su hiel y su rabia en las verjas, en las puertas abiertas, en las ventanas

rotas y en los viejos bancos de madera. El edificio supura lamentos y lanza mordiscos al aire. Sin necesidad de esforzarse, uno puede oír el murmurar de algo que se asoma al patíbulo de la entrada, ineludible e implacable.

La noche se hace aún más fría cuando los rezos se levantan. Los abedules que rodean el edificio parpadean y se pierden la figura que atraviesa los pasillos. Esquivan la sombra que no se llega a proyectar sobre las paredes. La niña también cierra los ojos con anticipación, preparándose para el que pudiera ser su golpe de gracia.

A lo largo de los pasillos del colegio, y hasta la caseta del guarda, todo castañea de miedo. Hasta los fluorescentes tiemblan *clink clink* por encima de su cabeza. En su pequeño refugio, el hombre aprieta los dientes con fuerza y rabia. Cierra la puerta con pestillo y se queda a la espera, con las manos decoradas con una escopeta.

Los ratones gimotean y se esconden en la tierra.

El guardia civil y su frustración estallan en un portazo; la radio no le hace caso y todo es insufrible, de noche y con la luna llena tapiada detrás de una tormenta. Es casi Navidad, ¡y debería estar con los suyos, no de pie en esos terrenos!

El problema es que nadie sabe dónde están las dichosas niñas.

—Eh —la enfermera la trae de vuelta—. Escúchame: no puedes dormirte, ¿vale?

—Vale.

—Voy a mirarte la herida.

—Vale.

—Necesito que me hables.

—¿Y qué te digo?

Hay un momento de duda, pero la enfermera le aparta el pelo de la herida, suspira y se encoge de hombros. Delia sigue su voz, aunque la pierde. Sus dedos se le hunden en la piel.

—Podrías contarme cómo demonios habéis acabado así.

—¿Sangra mucho?

—No tanto como la carnicería de tus brazos —ofrece la enfermera—. Deja de abrirte las heridas, anda.

Cuando el alcohol le roza las heridas, Delia aprieta los dientes pero no se mueve. Aguanta la respiración.

Por alguna razón, el dolor no le alcanza el cerebro.

Todo es ruido cuando vuelve a abrir los ojos: el motor, las luces, la radio, la enfermera y los guardias civiles. Por aquí y por allá, los adultos intentan poner en orden el sinsentido: hacen preguntas y esperan respuestas. Intentan arrojar luz a la noche como si pudieran llegar a entender las sombras que crean.

¿Qué es lo que se mueve entre el techo de los árboles y el suelo?

La enfermera oye que alguien la llama, así que corre al rescate. Cuando Delia se da cuenta de que quizá debería haberla detenido, es demasiado tarde para ambas. Por eso, en completo silencio, acepta el candor de la chaqueta que le han ofrecido y se queda allí, sola.

Sola y sentada al final de la ambulancia.

Con la vista clavada en una de las ventanas, Delia intenta mantenerse despierta. Allí no queda nada. Nada de nada. La figura que la observaba desde dentro ha desaparecido y la escuela vuelve a estar vacía.

Está sola,

sola,

sola.

A lo lejos, alguien grita.

El grito se prolonga y los ratones se esconden aún más en sus rincones. Los zorros arañan las paredes de sus madrigueras, dispuestos a enterrarse vivos. Delia cierra los ojos otra vez, con una paciencia que le resulta terriblemente común. ¿Se está desmayando? Algo le quema bajo la lengua, algo metálico. ¿Podría estar muriéndose? Eso sería mejor.

Mucho mejor que volver a abrir los ojos y ver la verja que lleva al pozo.

Mejor que abrir los ojos y advertir cómo el brazo de alguien apunta a los restos. A los despojos en los que deben haberse transformado sus compañeras de clase. ¿Seguirán ahí tiradas, hechas trizas? ¿Repartidas entre los matojos, como juguetes olvidados? Y, ¿quién se atrevería a acercarse a ese desastre?

Ni los peores carroñeros lo hacen.

Todos los carnívoros de la sierra gimotean a lo lejos y se esconden de la carne que tiene nombre.

Nada tiene sentido.

Con el estómago encogido, la chica espera que hayan encontrado una mano y no un rostro descompuesto. Sueña con que lo que quede de sus compañeras de clase sea relativamente decoroso: un tobillo, los dedos, o quizá una rodilla. Que estuvieran enteras sería la mejor de sus suertes, porque supondría no tener que pedir más ojos para encontrarles el espinazo enredado en los enebros. O lo que es peor, que llegado el momento se les olvide alguna pieza antes de meterlas bajo tierra y esta eche raíces.

Todo habría sido mucho más fácil si esa cosa se las hubiera comido y ya.

Delia, como la radio, no logra sintonizarse y no alcanza a entender qué ocurre más allá de sus tres centímetros de aliento. Blanco, negro y gris. La niña está hecha interferencias. Se le hielan las manos a marchas forzadas, quizá porque se está desangrando.

¡Ah, cuánta sangre hay bajo sus pies! ¿Es toda suya?

La cuestión es que, aunque la orquesta de ruidos mundanos y gritos sea estruendosa, algo en ella sigue dormido. Parte de ella se ha quedado atrás, colgada de ese pozo. Le aterroriza pensar que, por mucho que cierre los ojos, jamás dejará de ver aquello que la observa desde el final del camino, entre abedules y margaritas. Que nunca podrá escapar de esa mortaja de afilada cornamenta, con su olor a fruta podrida, ceniza y polvo.

Delia se clava las uñas en la palma de la mano herida. Bajo el rápido vendaje, un profundo y doloroso corte vuelve a sangrar. Recuerda la navaja y el agarre de sus compañeras de clase, sus carcajadas y su recitar.

«Tu hambre es mi hambre», murmura la estática.

Más y más cortes le recorren el brazo, en línea con el primero.

«Tu cuerpo es mi cuerpo», continúa la radio.

Las imágenes van y vienen, confusas. La noche entera se enciende y se apaga como si estuviera hecha de flashes o fotografías. Parpadea como lo hacen las luces de emergencia de un camión de bomberos. Las llamas chisporrotean a lo lejos; devoran los abedules y éstos piden ayuda.

Pero ahí no hay fuego.

Nada prende en diciembre, excepto las viejas chimeneas del pueblo. Delia lo sabe. Sabe que el olor a humo es falso y por eso se ensaña con su propia piel para volver a entrar en su propio cuerpo. Para olvidar esa extraña imagen de una niña que grita, en busca de su madre. Se hunde los dedos en la herida para ignorar las patadas contra el cristal de un coche que no es el que tiene delante.

La sangre le mancha las vendas.

Gotea sobre el terreno, espesa.

«Mi alma es tuya», gruñe la mortaja.

La sangre que cae sobre la gravilla logra ahuyentar a la siniestra culpable; a la hambrienta cosa que vivía en el pozo y que ahora se adentra en la sierra con desidia.

«Y la tuya es mía.»

—Necesito refuerzos —suplica la voz del guardia civil que lucha por no echar la cena—. Necesito que alguien venga a ayudarnos. Traed bolsas. Muchas. ¡He dicho muchas!

Si esa fuera otra noche, Delia gritaría hasta vomitar y después vomitaría hasta perder la conciencia. Pero hoy no le quedan ni gritos, ni sollozos, ni voz para contestar a las preguntas de las monjas y las

enfermeras. Tiene menos voz aún para contestar a las preguntas de los guardias civiles, que intentan explicarse cómo es posible que algo así haya ocurrido en su piadosa localidad.

La obligan a sentarse en una aséptica habitación en comisaría.

¡Ah! ¿Cómo es posible que esta lacra se extienda en su hermoso pueblo rural, cuidado por todos aquellos nombres de antaño? En sitios como el suyo no caben historias de pozos con dientes ni cabras con hábitos dementes. Sin embargo, he ahí la prueba fehaciente de que sí ocurren.

Alguien pone las fotografías de sus compañeras de clase sobre la mesa. Es entonces cuando Delia, con sus apenas catorce años de edad, se da cuenta de que, con o sin voz, lo que no le faltan son lágrimas.

Tiene las pestañas empapadas.

Frente a ella, cada una de las imágenes esconde el pedazo de una historia que nadie sabría narrar. Sin palabras y sin rosario, Delia se descubre a sí misma sin credo al que pueda aferrarse para librarse de esto. De la culpa, del miedo. Lo único que podría hacer ahora mismo es intentar contarles una historia de terror y gula, pero duda que los agentes quieran oírla.

Uno de ellos golpea la mesa con la mano abierta.

—¡Míralas! —gruñe—. Mira las dichas fotografías y explícame qué tengo que decirles a los padres de las niñas cuando me pregunten cómo cojones saliste de ahí con vida y sus hijas no.

—Miranda.

La segunda voz tiene un deje de advertencia, aunque es trémula y cauta a la hora de dirigirse al joven sargento. Nadie se atrevería a plantarle cara a los caprichos del hijo de un terrateniente, ¿no?

Delia sabe que hay gente fuera, yendo y viniendo; y sabe que todos esperan a que ella diga la palabra equivocada para llenarle los bolsillos de piedras y tirarla al río más cercano.

¡Bruja!, imagina que gritan. ¡Niña maldita!

Esta no es la primera vez que está en una habitación como esa: cuatro paredes, dos jueces y una única ajusticiada. No le queda ino- cencia que desperdiciar en creer que tiene otra forma de salir de esta que no sea con las manos atadas y los pies por delante. Ella, a diferen- cia de los cadáveres de la fotografía, nunca fue solo una niña.

—Quizá deberíamos dejar que descanse —insiste el agente—. Po- dría tener una contusión.

—Escúchame bien: esta nos va a contar lo que sea que pasó en los terrenos de las monjas antes de que salga el sol —gruñe el sargento Miranda—. Así que ya puedes empezar a cantar, cerda. ¿Cómo co- jones le arrancaste la espalda de cuajo a la niña de los Gálvez? —Otro golpe en la mesa—. ¿A qué amiguito de tu padre avisaste para que la fiesta acabara en esta masacre, eh?

—Espera, ¿es la hija del chatarrero? —La piedad se le esfuma de sopetón—. Coño. Joder, ¿de veras?

—Eres un imbécil. ¿No le estás viendo la cara de demonio que tiene?

La mera mención del hombre que la engendró hace que el cuerpo de Delia se retuerza como si solo fuera una pequeña araña intentan- do sobrevivir a una nube de insecticida. Excepto que no hay insecti- cida en esa habitación, solo el humo de los puros. Y que ella no es una araña, claro.

No, ella es mucho peor que un insecto. Con sus ojos negros como los de un tiburón, Delia empieza a pensar que los viejos tenían razón. Que es un demonio y por eso ha sobrevivido.

Los agentes también lo creen, ¿verdad? Que la única razón por la que está ahí es porque es culpa suya. Puede vérselo en los ojos. Entonces, ¿qué más da si dice la verdad o miente?

Nadie la creerá igualmente.

—Fue todo idea de Catalina Gálvez —responde Delia al final. Le tiembla la voz, así que trata de alzar el mentón—. Quiso pedirle un deseo a la monja que vive en el pozo y le salió el tiro por la culata.

—Paparruchas.

—¿Pedirle un deseo a la monja que vive en el pozo?

Ambos hombres la miran con incredulidad. Al menos hasta que ella se inclina sobre la mesa y sujeta una de las fotografías. Se centra en el dolor de su mano vendada y finge tener la sangre helada que requiere ver la escena ilustrada sobre la mesa.

—Supongo que habrán oído hablar de por qué se cerró el internado, ¿no? —sigue. Deja las fotos en la mesa de nuevo—. Las niñas del colegio dicen que una de las monjas alimentaba el pozo con las menos afortunadas y así obtenía todo tipo de deseos a cambio. Estoy segura de que el sargento Miranda, que es de aquí de toda la vida, sabrá a qué me refiero.

—No te hagas la lista.

Delia es capaz de ver las ganas que tiene de dejarle la mano marcada en la cara. Se muere de miedo al pensarlo y, a la vez, está segura de que ya no le queda de eso.

No después de todo lo que ha ocurrido.

—Fue la Monja —suelta. Pone la mano abierta sobre la mesa y trata de quitarse las vendas ante la atónita mirada de los agentes—. Os lo enseñaré. Fue la monja de la leyenda. Salió del pozo y las cazó una a una después de que ellas...

El vendaje se le resiste.

—Te he preguntado qué ocurrió en el bosque —insiste el hombre—. Quiero saber qué cojones les hiciste y cómo es posible que haya tenido que sacar el ojo de una del interior de la boca de otra. Te enseñó tu papá, ¿eh?

Una arcada hace que cierre la boca de golpe cuando recuerda a Josefina y a Elena, sentadas la una frente a la otra intercambiando partes de sí mismas como si fueran cromos.

El sargento la agarra por la muñeca antes de que logre quitarse la venda y la levanta de la silla.

—No voy a preguntártelo otra vez, niña —ladra—. Habla ahora o me aseguraré de que te pudras allá donde vayas. ¿Qué es lo que ocurrió realmente?

Delia está segura de que ella nunca ha sido una niña. Nadie se lo ha permitido jamás. Las niñas son otras. Las niñas son las pobrecitas a las que enterrarán en un par de días. Ella no. Ella solo ha sido una perra callejera: rabiosa, sucia y bruta.

Es por eso mismo que lo desafía con la mirada.

—Creo que usted ya tiene su propia historia, Sargento Miranda —escupe.

El bofetón llega justo en el momento esperado, tan certero como cruel. Es el primero de muchos, pero es el más importante porque es el que devuelve la historia al interior de su desencajada mandíbula y la transforma en un secreto.

La verdad sobre lo que les ocurrió a las niñas del Colegio de la Virgen de Chilla cae en el segundo olvido más profundo.



MALA ESPINA



1.

Algún lugar de España
31 de octubre, 2021

—ESPERA, ESPERA —INTERRUMPE LA CHICA—. ¿ANTES DE SER un campamento fue un internado? ¡¿Y lo cerraron?!

—Efectivamente. Según esto, el Internado de Santa Teresa de Jesús fue clausurado con el final de la guerra —explica una segunda voz—. No parece haber nada paranormal detrás de su cierre, por eso. Según cuentan, las monjas acogían a los niños para mantenerlos alejados del conflicto. Sin embargo, cuando las familias volvieron a buscar a sus hijos, allí no quedaba ni una sola criatura. Se les dijo que habían sido enviados a otros internados para evitar los asedios y mantenerlos a salvo, pero no consta en ningún registro. Mucha gente asume que fue cosa de...

—¿Las Monjas-roba-niños de Franco, que se los daban a los ricos?

—Exacto. —El *click* de un boli—. Nadie sabe a dónde fueron a parar. Si bien algunos asumen que fueron dados en adopción a familias más pudientes..., otros se ponen en lo peor.

La muchacha resopla.

—¿Y a quién se le ocurre montar un campamento en un sitio así?

—Pero espera. Es que eso ni siquiera es lo peor. —Un suspiro. Lo acompaña una risa desesperada—. Eso fue al final de la guerra, ¿no?

—Sí.

—Después de todo ese embrollo de niños desaparecidos, abrieron un colegio en el mismo terreno. —Pausa—. Sí, un colegio.

—¿Las monjas que robaban niños decidieron abrir un colegio?!

—El Colegio de la Virgen de Chilla. Un colegio religioso para niñas que estuvo en activo desde 1963 hasta 1985.

—Estás de coña. ¡Tienes que estar de broma!

Las voces se superponen. Entre risas y comentarios, la información se pierde.

Tania y Mario, el narrador, se enzarzan en una discusión. De un momento a otro, el podcast se transforma en el equivalente a un folio arrugado. A Carlos le cuesta volver a centrarse en la voz del muchacho, pendiente también del mapa que aparece en la pantalla. Por suerte, la carretera está vacía y no parece haber ninguna salida en los próximos kilómetros.

Su teléfono le guía como un fiel perro pastor.

—Vale, escúchame. Lo verdaderamente chungo es lo que pasó en 1984. Al parecer, —sigue Mario al otro lado del aparato—, un grupo de muchachas decidió adentrarse en el bosque en una especie de prueba de valentía durante las vacaciones de Navidad y la cosa acabó fatal.

—¿Y cómo iba a acabar?

—Encontraron los cuerpos al alba.

Silencio.

—Mario.

—Lo sé —contesta él—. Según los informes, una de las ocho chicas consiguió salir de los terrenos del colegio con vida y fue condenada por el asesinato de sus compañeras poco después. Se sospecha que pudo haber colaborado con su padre, un convicto que se habría escapado de prisión apenas un mes antes. Lo metieron en prisión por el asesinato de al menos tres mujeres. Entre ellas, la madre de la chica.

—¿Cómo se llamaba?

—No consta nombre.

—¿Cuántos años tenía?

—Según esto... catorce.

—¿¡Catorce?! ¿Y se cargó a siete de sus compañeras de clase? ¿Con su padre? ¿El mismo padre que mató a su madre? —Hay sarcasmo en su voz—. No sé por qué no me cuadra...

—Eso pone en el informe que nos manda nuestra fuente. Pero la fuente también quiere seguir en el anonimato, así que tampoco puedo corroborar muchos datos. Como sea, parece ser que le redujeron la condena porque la consideraron cómplice y no autora. —Silencio—. Por desgracia, su padre nunca apareció y ella acabó cumpliendo condena. No se sabe dónde ni cómo está.

Los dedos de Carlos tamborilean sobre el volante, preguntándose si ha hecho lo correcto al enviar ese tipo de información a dos idiotas de internet. Después de ver cómo se las apañan los críos hoy en día, no podía no intentarlo, ¿verdad? No está de más tener un par de nuevas perspectivas.

—Vamos, que no supieron explicar lo que pasó y le colgaron el muerto a la cría. ¡Dios! No tiene sentido. —Tania da un golpe en la mesa—. Menudo cuento. ¡Menudo cuento! ¿Cómo va a matar a siete muchachas una chica de catorce años? ¡Así, porque sí! ¿Cómo va a pasar algo así aquí? Esto no es Estados Unidos.

—Eso tuvo que pensar la gente del campamento, ¿no? —sentencia Mario—. ¿Cómo va a pasar algo así aquí? Y, sin embargo, pasó en el 84 y volvió a pasar no hace tanto.

—Esa es otra historia.

Por otro lado, puede que escuchar ese tipo de programas sea para Carlos otra forma de recordar qué es exactamente lo que está buscando: un final digno. Quiere justicia para los que murieron aquella noche y para los que no podrán recuperar sus vidas.

Quiere la verdad sobre lo que pasó.

—El diecinueve de julio de 2019 —ataca Mario—, los telediarios abrieron con la historia de una masacre en el Campamento de San Agustín, allí en Chilla. Diferentes cuerpos fueron hallados en las inmediaciones del pueblo.

—¿Diferentes?

—Unos cuantos, vamos. Cinco de ellos eran monitores. Por suerte, los niños habían sido devueltos con sus padres un par de días antes, cuando se decretó el luto por el fallecimiento de la joven Aroa, desaparecida ese mismo fin de semana. Entre los fallecidos figuran también Eric Torres, pareja de la primera víctima, y restos sin identificar que se presume que podrían pertenecer a una o a dos de las tres monjas que vivían junto a la ermita.

» Verónica Rojas, una de las tres supervivientes de aquella noche, sería la principal testigo para resolver el caso. Fue ella quien dijo que Cayetano Miranda, otro de los monitores, habría asesinado esa noche al resto de sus compañeros. También dijo que era el responsable de todo lo demás: del degollamiento del jefe del campamento, del incendio y de la historia de la desaparición de Aroa y Eric. Que todo formaba parte de su plan. Por eso, la policía dijo que cabía la posibilidad de que el número de víctimas ascendiera de seis a más de diez.

—Uh. ¿Cayetano?

—Cayetano. —Mario ríe—. Según esto parece que la policía dictaminó que sus motivaciones podrían haber estado inducidas por un videojuego online cuyo objetivo es huir de...

—Sí, claro. Por el *Overwatch* —suelta Tania, con un bufido—. ¡*Pokémon* te transforma en un asesino! ¿Y qué pasó con él? ¿Fue a la cárcel?

—Verónica lo mató en defensa propia. Las otras dos supervivientes constatan su historia.

—¿Y las otras dos no figuran? ¿Tampoco tenemos nombres?

—Decidieron mantenerse en el anonimato. Verónica lo intentó, pero... Bueno, parece que la chica lo ha pasado mal. Sus datos se fil-

traron superrápido. Verás, es que la zona es conocida por sus desapariciones... Tiene hasta fans. —El *click* del boli—. Apenas unos años antes de todo ese embrollo, la madre de Verónica desapareció de repente.

—No me jodas.

—Lo que oyes. Solo encontraron su coche, sin batería y con las llaves en el contacto —Mario suspira—. Hay quien ve demasiadas similitudes entre las dos historias. Resulta que encontraron el coche de Aroa muy cerca de donde habría estado el de su madre.

Tristemente, el programa no ofrece mucha más información que la que el joven exagente de la Guardia Civil ya ha memorizado.

La gente siempre cuenta la misma versión de la historia. Algunos incluso confunden nombres y fechas. Otros, aún más crueles, añaden detalles completamente inventados. Nadie ahonda mucho más que eso: se quedan en la escabechina y el morbo, en la incredulidad. Se habla de lo poético de los dos coches, de la autovía, de la sierra como una tierra maldita y de los mitos que la nutren.

Desde la seguridad de sus casas, bromean y se escandalizan ante los detalles más pequeños.

—Que se llame Verónica como la de la historia *Verónica, Verónica, Verónica*, para mí, es lo que se lleva la palma.

—Bueno, y tener un pavo que se llame Cayetano, ¿y que nadie piense que va a ser el asesino?

—¿Realmente crees que fue él?

—¿Y quién si no? ¿La monja de la leyenda?

—No te hagas el escéptico ahora.

Carlos suspira. Baja el volumen. Pese a que han pasado dos años desde aquella noche, nadie es capaz de explicar cómo es posible que Cayetano perpetrara todos los asesinatos de los que se le culpa. Murió al alba, ahogado con su propio vómito sobre el suelo de la ermita. Le hicieron un entierro a escondidas, con el ataúd cerrado, porque ni el mejor de los cirujanos podría haberle arreglado la cara.

A nadie parece importarle ya si él fue víctima o verdugo. Si ya se lo ha tragado la tierra, ¿para qué removerla? El asesino está encerrado en un lugar del que no puede salir, ¿verdad? Pero no hay una losa con su nombre en ningún cementerio.

Si la hubiera, Carlos la hubiera encontrado.

Hay tantas cosas que le escaman: ¿qué fue de las monjas que residían junto a la ermita? ¿Qué hizo con ellas y cómo terminaron sus cuerpos así de destrozados? ¿Qué le llevó a matar al jefe del campamento? ¿Qué quería? Y lo que es aún más importante: ¿qué hizo con su novia, con Gala? ¿Realmente se la comió, como dicen las malas lenguas? ¿Para qué?

Cada vez que piensa en aquella noche, Carlos recuerda a la criatura que lo sacó de la carretera. Se le eriza la piel. En momentos como este, todavía puede oír el frenazo. Siente cómo su cuerpo se levanta del asiento otra vez. Imagina que el coche se sale de la carretera como si todavía estuviera ocurriendo y tiene que reducir la velocidad para no volverse loco.

Sabe que lo que vio fue real.

Hay demasiados aspectos del caso sin resolver. Son cuestiones que nadie puede ni quiere explicar. Aún así, dos años después, él sigue pensando que lo que los sacó de la carretera es el verdadero responsable de todo cuanto ocurrió aquella noche. Y por eso mismo está de camino a Galicia, escuchando un podcast de dos adolescentes cuyo mayor interés es decidir si las historias que reciben son paranormales o no.

—Yo creo que esta no pasa a la ronda final, eh —resopla Tania.

—¿Eso crees? —ríe Mario, de fondo—. Será porque te he dejado lo mejor para el final: ¿Cómo explicas estos extraños mensajes que una de las víctimas mandó a través de Discord cuando ya debería haber estado muerto, eh?

—¡Venga ya! ¡Te lo estás inventando!



Madrid
Esa misma noche

La muchacha se agarra al marco de la puerta como si tuviera la cabeza dentro de un globo de helio, las manos enguantadas y las extremidades enredadas en kilómetros de papel de burbuja. Le tiene miedo a salir volando, a flotar por encima de la gente como lo haría un astronauta, pero sabe que, si no se va ahora, todo podría venirse abajo.

Avanza pero se imagina en el aire, atada a la tierra por un hilo fino y muy antiguo. Ingrávida y desorientada, la chica cierra los ojos y trata de engullir el nudo que se le ha hecho en la garganta.

Desesperada, busca algo a lo que aferrarse.

Se dice que no es real. Se recuerda a sí misma que es solo una sensación. Pero la sensación es la misma que aquella noche y resulta casi imposible de digerir. El estómago se le retuerce como una culebra que desespera por salir.

Está borracha y asquerosamente despechada. Cierra los ojos con fuerza y se centra en respirar. ¿Cómo se hacía?

La gravedad regresa de golpe.

—¡Eh, Judit!

Hay gente en todas partes y todos ellos tienen los pies en el suelo. No hay astronautas ni hilos. Dentro del edificio abandonado, las luces cambian de color: rojo, azul, violeta; blanco crudo, amarillo, verde musgo. El mundo sigue donde estaba y su cuerpo, raro y revuelto, vuelve a tener peso. Hasta los huesos más pequeños se le resienten cuando vuelve a entender dónde está.

De fiesta.

Quedarse quieta le parece una muerte segura, así que vuelve a ponerse en marcha.

Se escabulle. Sale a la escalera y sigue la barandilla como si la vida le fuera en ello. Por desgracia, todo a su alrededor cede. Siente que todo cuanto toca vence, y así le es terriblemente difícil entender dónde debe poner los pies para seguir moviéndose sin hundirse en ese lodazal de ruidos y luces; sin hundirse en el verde musgo, en el violeta y en el húmedo borgoña.

Bajo sus pies, el edificio se transforma en una trampa mortal. Es un castillo hinchable que se hunde sobre sí mismo.

Si ha tomado algo tan fuerte, no lo recuerda.

Es entonces cuando choca con algo duro. O algo choca con ella. Alguien desestabiliza a la chica del cabello platino cuando llega al descansillo de la escalera.

La cadera de Judit choca contra la barandilla y toda ella se aboca al hueco infinito. A la espiral que desciende hasta la salida. Imagina que cae de nuevo, por y para siempre, en lo que ahora mismo le parece un pozo sin fondo. Sin embargo, recupera el equilibrio rápidamente y se vuelve para comprobar quién ha sido.

Detrás de ella, tres pares de ojos curiosos y una boca abierta.

Una risita.

Las tres figuras —verde, amarillo y almizcle— pasan de largo.

No hay disculpa alguna. Descienden los escalones que llevan a la calle, cogidas de las manos y vestidas con sus abrigos y su horroroso maquillaje de muertas. Dos de ellas parecen haberse bañado en un tanque de petróleo y van dejando huellas a su paso. La otra sostiene lo que parece un libro.

Judit vacila. Después las sigue, evitando el hueco de la escalera. Pone un pie frente al otro. Uno, y después el otro; rojo, azul, violeta, blanco crudo, amarillo y verde musgo. Los destellos de luz ponen a prueba su equilibrio, y aquella risita sigue haciéndose eco en el bosque de gente disfrazada a través del cual intenta escapar.

La fiesta es abrumadora. Hay demasiado ruido. Hay demasiada gente. El bloque de pisos en el que se celebra está viejo y huesudo.

Las escaleras están ahora casi tan atestadas como las habitaciones de los pisos superiores, pero nada podría ocultar el ponzoñoso olor a polvo y moho de ese extraño lugar.

Como un viejo cascarrabias, el edificio escupe a gente de un rincón al siguiente.

Quiere quedarse solo.

Quiere que se vayan y le dejen en paz.

—¡Eh! —llama alguien. Su voz la persigue—. ¿Y ahora a dónde vas? ¡Tía, espérame!

El edificio supura cabezas y dedos, caderas y mentones afilados. Cientos de enmascarados se ocultan en sus recovecos. Los disfraces parecen cada vez más reales, como si el látex pudiera pegarse a la piel que habita debajo. Judit intenta salir de ahí por todos los medios.

No recuerda de quién fue la idea de venir —si suya o de Alex—, pero no cree que pudiera haber previsto el desastre.

De camino a la salida, Judit sangra. Tiene un pequeño corte en la rodilla y un enfermizo hematoma verdoso ha empezado a florecer a su alrededor. No sabe cómo se lo ha hecho pero ahí está, arruinando su disfraz: una blazer y una falda a juego, amarillo y negro como lo que llevaría una abeja reina.

Va disfrazada de Cher, de *Clueless*. Su pelo, mal decolorado, cae lacio y suelto a su espalda. Sin embargo, con la chaqueta mal echada sobre el hombro, y el teléfono en la mano, huye del edificio como lo haría una de las *Heathers*.

Avanza hacia la puerta de salida con una desesperación penosa. En sus labios ya no lleva ni un solo atisbo del *gloss* que tanto había insistido en ponerse.

La luz de la pantalla le ilumina las mejillas.

Dentro del aparato y detrás de las fracturas, Verónica sigue llevando toda aquella pintura en la cara. Sigue ahí dentro, tan lejos y tan cerca como lo ha estado tantos años.

Fuera hace frío. Es un frío extraño, porque asfixia. Se le pega a la piel como el sudor de los brazos de algún desconocido; como el su-

dor de a quien ha abandonado en esa fiesta y al que no piensa volver a ver jamás.

No quiere a nadie más.

El teléfono comunica.

Judit se limpia la boca y se recoge el cuerpo con las manos, después recuerda que tiene abrigo, así que se viste con él.

La pantalla del móvil acentúa sus rasgos, esos que a veces le resultan tan ajenos como agudos. Se muerde el labio inferior, comprobando que es demasiado tarde y demasiado pronto para volver a casa. La única opción viable a las tres de la mañana es pedir un taxi, pero solo tiene dieciséis euros con setenta y dos céntimos para acabar de pasar la semana y todavía tiene que hacer la compra.

A su espalda, la multitud hace que el suelo retumbe. La noche parece moverse de forma asíncrona: las luces, los cuerpos, las voces. ¿Está perdiendo la cabeza? ¿Qué se ha tomado? ¿Le habrá echado alguien algo a su bebida?

Últimamente, piensa Judit, todo parece fuera de lugar. Siempre. O quizá sea ella la que lo está.

—¿Vero? —suplica. La pantalla del teléfono se apaga contra su oído—. Vamos, cógelo, tía. Si tú no duermes nunca...

Alza la vista al cielo y visita el techo sucio y emborronado de Madrid. Decide echar a caminar para superar el frío, pero el vaivén de sus andares es más bien inútil.

—Ah, ¡sí, claro! Ahí está. “*Ha llamado al teléfono de Verónica*” —recita, modulando su voz para imitar la de la máquina y la de su amiga—. “*En este momento el teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura. Si lo desea, deje su mensaje después de la señal... ¡Pip!*” —ríe, borracha.

Pone un pie en la línea de las baldosas del suelo como quien camina sobre la cuerda floja y después pone el otro. Busca desespera-

damente la gravedad que logre atarla al suelo de una vez, pendiente de la llamada.

Se pinza la nariz. Se tambalea y cede un poco. Después se apoya en la pared y, al mirar al infinito, se da cuenta de que ha perdido una lentilla en algún momento de la noche. Se cubre un ojo y después el otro.

Lo primero que el teléfono graba es una risa que se transforma en sollozo.

—Deberías estar aquí —susurra—. Si les hubieras visto, Vero... ¡Dios! Si hubieras visto el sitio, hubieras pensado que estábamos en alguna broma televisiva... Seguro que hubieras puesto la cara de... ¡Esa, sí! —Se cubre el rostro con una mano. Se recrea en esa imagen—. No te imaginas lo mucho que te echo de menos, mi vida.

Han pasado casi dos años de aquella noche en la ermita; de la sangre y la hiel. Han pasado dos años desde que Verónica se echó una mochila a la espalda, enrabiada, y el mundo dio un giro de ciento ochenta grados.

Dos.

Aun así, a veces, cuando se acuesta, Judit todavía recuerda el olor a silvestre y la sombra alargada entre los árboles; el tacto del hueso atravesando la piel de su garganta, bajando hasta su estómago y hurgando en sus intestinos. Aunque ha pasado el suficiente tiempo como para que nadie más lo recuerde, ella no recuerda otra cosa que no sea el cuerpo de Verónica sobre el suelo de la ermita. El borgoña de su sangre y el verde musgo que manaba de Cayetano.

Judit apoya la cabeza en la pared helada, con el teléfono pegado al oído. El tiempo corre y la llamada acabará por cortarse tanto si habla como si no.

Fastidiada, desliza la mirada hacia los parterres de la calle. Los árboles que nacen del asfalto no parecen dispuestos a quedarse dentro. Por mucha piedra que haya, la mala hierba aún crece debajo. No necesita que nadie la riegue. Le basta la lluvia, y el aire; y nunca muere.

Como todo lo terrible, ¡sobrevive con tan poco...!

—Sé lo que dije —confiesa Judit—. No sé por qué lo dije así... Pero eso no importa, ¿no? La cuestión es que soy muy egoísta, Vero. Soy horrible. Son las tres y media de la mañana y estás durmiendo y, joder, estoy muy pasada y en Madrid. En Madrid *y sin ti*. Y yo...

Le echa un vistazo a sus botines de tacón, sin entender muy bien de qué están manchados. Intenta limpiarlos. Trata de controlar su respiración, parpadeando hasta que puede engullir lo que no sabe cómo explicar.

Las columnas de árboles esqueléticos se sostienen en pie pese al aire nocturno, a ambos lados de la calle. Octubre se resiente, solitario. ¿A dónde ha ido el verano?

Hasta hará dos días hacía demasiado calor como para echar de menos cosas como esas, piensa Judit. Cosas como su boca, o su pelo. Las cosas parecían más fáciles entonces, con el sol en el cielo.

Ahora, con este frío, solo le sale echar de menos la lumbre intermitente de su cigarrillo.

Quizá es lo que dicen: que el diablo está en los detalles. En la lumbre y en la forma en la que a Verónica se le tuerce la boca cuando fuma. Ahora solo son cigarrillos, y si está nerviosa. También está en eso que hace, en la forma en la que se rasca la frente con el anular y el pulgar. En que, aunque se lava las manos con intención, siempre le queda alguna que otra mancha de pintura en los dedos.

En un día bueno, a veces solo debajo de las uñas.

Ha pasado tiempo, sí, pero ciertas cosas siguen exactamente igual. Puede que eso sea lo que le da tanto miedo, ¿no?

—Verónica, yo...

No llega a terminar la frase. Una avalancha de jóvenes vestidos con túnicas y disfraces de todo tipo se aleja del edificio. Judit oye un par de gritos asustados, risas nerviosas. Es como si el bloque los estuviera vomitando a la calle, exiliándolos a todos de golpe. Sirenas, luces y toda la parafernalia llenan el lugar de la habitual y estruendo-sa ceguera que acompaña a sus coches.

—¡La poli! —advierde alguien—. ¡Rápido!

Más que preparada para la carrera, Judit alza el rostro. Le gustaría pensar que es capaz de apañárselas sola, pero solo puede prestarle atención a una de las figuras.

Escucha sus jadeos solapándose con los suyos. De su boca supuran sangre y bilis. Parece un animal enfermo. Sus dos luceros negros la encuentran como si llevara todo este tiempo buscándola. La apuntalan al suelo.

Allí está, entre la multitud, como un lobo agazapado.

—¿Cómo...?

Como si toda la noche fuera una pesadilla demasiado lúcida, Judit se funde contra la pared. ¿Cómo es posible?, se pregunta a sí misma.

No lo es.

No es posible.

Su teléfono cae al suelo y la pantalla se rompe en mil pedazos. ¡Aunque ya estaba rota!, piensa. ¿O no lo estaba? La luz se refracta de una forma extraña, polarizando todos sus colores sobre el asfalto abandonado: blanco —y alguien recoge el aparato, torpemente—, rojo y azul —la policía lanza improperios al aire—.

Un extraño violeta silvestre, como el de las malvas, barre la terrorífica imagen.

Las sirenas de la policía destrozan el paraje y esa cosa desaparece, llevándose consigo la horrorosa escena de toda esa carne lacerada.

—¡Judit! —Alex la sujeta por debajo de los brazos y tira de ella para que no se detenga—. Me cago en la virgen. Llevo diez minutos detrás de ti. ¡Menuda taja me llevas, tonta! Llamo a un taxi, va. Venga, rápido. ¿Se puede saber qué has visto? Estás pálida. ¿Vas a vomitar? Porfa, no. Por favor no me vomites encima.

Judit vuelve el rostro para comprobar que allí no queda ni rastro de lo que sea que ha visto hará unos segundos. Se convence a sí misma de que se lo ha imaginado.

Sin embargo, el diablo está en los detalles: sus botines siguen sucios y la boca le sabe a tierra y polvo.

Ha vuelto, ¿verdad?

Merche tenía razón.